



LAS SIBILAS DEL BULEVAR

ESTAMOS en el tiempo de la quiromancia y de las quirománticas. En cada esquina hay alguna sibila misteriosa... Cada barrio tiene su antro predilecto... Cada clase social proclama con energía sus preferencias por uno de los sistemas adivinatorios en boga.



Allá arriba, en Montmartre, en el centro del amor y los amores, de todos los amores, la quiromancia florece como una planta indígena. En los cafés nocturnos, á la hora en que las pupilas comienzan á dilatarse extrañamente, las enigmáticas señoras veladas, suelen acercarse á las mesas de mármol para ofrecer sus servicios á las que tienen inquietudes y esperanzas. Por cinco francos, cualquiera puede saber si morirá joven, si será rica, si será amada.

—Esta línea—murmuran las sibilas—es la línea de Saturno...

—¿Y la línea del corazón?—pregunta el amante, que sigue atento el examen de la diestra adorada.

—No se distingue bien...

No es fácil, en efecto, encontrar en esas manos pulidas y perfumadas la pobre línea del corazón. Líneas de caprichos, de fantasías, de pasiones, de delirios, de martirios, eso sí. Pero la buena, la dulce raya blanca que indica el amor burgués, no... Las manos, como las fisonomías, deben modificarse en ciertos medios. Una mano que se estremece en una perpetua fiebre de placer y de deseos, y cuyo contacto enciende en las manos inocentes los fuegos del más divino vértigo; una de estas blancas y herméticas, y crueles manos que estrujan del mismo modo un pañuelo de encajes que un alma de ensueños; una mano que es la de Manón, en una palabra, posée, de seguro, en sus redes sutiles, muchas líneas que no existen en las manos aldeanas.

••

¡Cómo se comprende que las que leen en las manos tengan asegurada la clientela de las pecadoras!

Pero las gentes de diestras callosas y torpes; las gentes de trabajo y de rudeza; las po-

bres gentes que no saben toda la poesía que puede haber en unas líneas azuladas, se rien de esa ciencia aristocrática.

—Es una farsa—exclaman, contemplando con burla las hondas é intrincadas arrugas de sus ásperos dedos.

Además los pobres tienen memoria, y recuerdan que mademoiselle Marthe Passerian Desbarrolles ha encontrado dos casos de personas que no poseen ni la menor traza de línea de vida, y que, no obstante, han llegado á edades respetables.

—Las manos engañan—murmuran.

*•

Los naipes, en cambio, no engañan nunca. Son una antigua ciencia. Siglos tras siglos, el mundo ha podido estudiar sus arcanos. Su manejo es cosa que se aprende, lo mismo que las matemáticas, en libros donde hay más cifras que letras. Sus principios son inmutables. Hoy, como ayer y como siempre, los bastos son el fuego, las copas el aire, las espadas el agua, los oros la tierra. Yo tengo entre mis curiosidades, un Tarot italiano del siglo antepasado, que, según una nota escrita con tinta roja en una de sus cartas, «perteneía á madame de Pompadour». El anticuario que me lo vendió, hace años, quería darme, para mi íntima tranquilidad de coleccionista, un certi-

ficado en toda regla, garantizándome que, de no haber sido de la linda amiga de Luis XV, mis naipes habían, «por lo menos, pertenecido á alguna de sus contemporáneas».

—Déjeme usted mi fe sin escrituras—contestéle—, pero en cambio permítame que copie en ese venerable infolio de Eudes Picard las reglas necesarias para poder servirme del Tarot.

—Yo mismo voy á dictárselas—terminó mi anticuario—. Escriba usted... Los bastos, que representan el fuego, significan la pasión... las espadas encarnan la lucha... los oros simbolizan la riqueza, el poder.. las copas, en fin, son el placer, la amistad, la dicha tranquila... Pero con esto no tendría usted bastante... Hay que saber también la ciencia de los números... El as es lo absoluto, el 2 el antagonismo, el 3 lo potencial, el 4 la realización, el 5 la alternativa, el 6 la suspensión, el 7 la infancia, e 8 la ruptura, el 9 la vejez, el 10 la pluralidad... Luego hay que ver las figuras: rey, dama, caballero, joven...

Con estas reglas he tratado más de una vez, lo confieso, de sondear mi porvenir. Mas he de confesar asimismo humildemente, que, ya sea por falta de fe, ó ya sea por falta de ciencia, nunca he logrado una respuesta clara. Así, renunciando á los simbólicos juegos en que la tierra y el fuego se barajan entre cifras

simbólicas, he pensado últimamente en interrogar á cualquiera de las sibilas sabias que emplean métodos más ó menos raros para interpretar los sueños.

* * *

—¡Cosa vieja!—decís.

Cosa vieja, sí, pero remozada por la ciencia, por la milagrosa ciencia que en todo se mete. En efecto, los sabios, los buenos y extraordinarios y perturbadores sabios que antaño se reían de aquel nuestro librito consolante, titulado *Clave de los sueños*, acaban de escribir otro que casi merece el mismo título, con la agravación de un adjetivo. Porque, ¿qué es, en efecto, la *Psychologie du Reve*, de los doctores Vaschide y Pieron, sino una *Clave siniestra de los sueños*? El mismísimo almanaque Hachette, que es el gran popularizador de todas las novedades sensacionales, lo proclama en tres ó cuatro páginas de su edición de 1909, con un magnífico rótulo, que reza: LOS SUEÑOS ANUNCIADORES DE LAS ENFERMEDADES.

¡Pobres sueños! Llevados y traídos por la moda, no tienen ni más ni menos consistencia que la forma de los sombreros. En la época en que los poetas tenían prestigio, y en que las pasiones parecían de buen tono, lo que los sueños anunciaban eran males de amor y pe-

nas de sentimiento. Hoy que el fisiólogo ha reemplazado al psicólogo; hoy que los señores médicos, no contentos con ser dueños de nuestros cuerpos, se adueñan también de nuestras voluntades; hoy que vivimos en el reino de las locuras de laboratorio, los pobres sueños han cambiado de aspecto y se han hecho materialistas. Los hombres del siglo xx no tienen derecho á pedir á sus ensueños indicaciones extraordinarias, sino sobre sus males físicos.

La ciencia ha llegado á establecer un cuadro de las significaciones de nuestras emociones durante el ensueño. Soñar con peces, indica una enfermedad intestinal por venir; hablar en sueños es presagio de neurastenia; los sueños alegres indican una predisposición histerica; ver sangre en sueños, es señal de que vamos á recibir una herida... Y que no se os ocurra reir, ¡oh, lectores irreverentes! Contra las fantasías religiosas de otros tiempos, por lo menos poseíamos el recurso de la ironía. Contra las quimeras científicas de ahora, ningún recurso tenemos. En cuanto se nos habla de método de experimentación, de síntesis y de análisis, lo único que podemos hacer es inclinarnos. *Los Anales de las Ciencias*, revista que publica la nueva clave de los sueños, nos dice desde luego «que la cosa es muy seria», y para que no se nos antoje son-

reir, agrega: «Los chinos y los indos conocen la importancia de los fenómenos del sueño; mas como sus imaginaciones los dominan, no han logrado nunca estudiar esos fenómenos con el método científico que emplean nuestros sabios.» Nuestros sabios, en efecto, han comenzado por inventar algunas palabras técnicas, y ya se sabe que, según Anatole France, una ciencia no es sino un vocabulario. «Ensayando el análisis psicológico del sueño y de los sueños — dicen *Los Anales* — los doctores Vaschide y Meunier han logrado, gracias á experimentos largos y á una documentación importantísima, llegar á poder asegurar que el carácter esencial de toda imagen onírica es emotiva, y que, por consiguiente, la espiritualización de todo nuestro organismo nos lleva á sentirnos convertidos en seres suprasensibles, independientemente de todo *substratum* alucinatorio...»

Ya lo oís... Y luego decidme, por el ánima de Claudio Bernard, ¿qué puede contestarse á tanta sabiduría?... Yo lo único que os aconsejo es que no soñéis ni con peces ni con gotas de sangre...

••

Si la clave de los sueños no os parece bastante seria, buscad otro método de adivinación. Para el caso no hay en París sino el

embaras du choix. Con sólo hojear la encuesta de Jean d'Orsay sobre el profetismo práctico, tiene uno con qué satisfacer todas sus tentaciones. He aquí, en primer lugar, á los fakires, que nunca faltan, y que con sus turbantes blancos, con sus túnicas suntuosas y con sus gestos enormes, impresionan como cosas de otros mundos y de otras edades. En todos los acontecimientos considerables se encuentra, por fuerza, un faquir de éstos, y la fe en ellos es tan grande, que los periódicos les encargan á veces misiones difíciles, cual la de descubrir á los cómplices de madame Steinheil. Tras los faquires aparecen los románticos, que se visten como los brujos de la edad media y que viven en cuevas oscuras de barrios populosos. Estos cultivadores del misterio, son hijos de los oráculos paganos. El porvenir les aparece en bruscos cuadros de significación enigmática cuando contemplan una llama de cirio virgen. Sus respuestas hacen recordar los versos simbolistas de la época malarameana. ¡Sangre, sangre, sangre, que llueva sangre y fuego!—exclamó uno de ellos á quien un repórter interrogaba, hace pocos días, sobre los acontecimientos de Marruecos. —Y otro, al cual le preguntó un diputado lo que veía en el porvenir de Rusia, dijo: *Es là mitra sangrienta de rubles que se funden*. De respuestas como éstas se puede, naturalmen-

te, sacar todo lo que se desea, y la gente, que es práctica aun en sus locuras, no quiere eso, sino que pide que le digan claramente si va á ganar la lotería, ó si va á conquistar á su vecina, por lo que prefiere una mala cabalista á todos los onirománticos del mundo. Las sibilas cabalistas, en efecto, son de una precisión matemática. Una de ellas, una muy famosa y muy aristocrática que se llama madame Cleophas, fué interrogada, poco ha, por *Le Matin* sobre el porvenir de la política francesa. Su respuesta es la siguiente: «En 1912 habrá algo muy grave... eso no importa... Un año más tarde, en 1913, la metamorfosis se habrá operado, y nuestro país será más grande y más rico que nunca... El ministerio actual del gran Clemenceau durará hasta Noviembre de 1911.»—¿Sonreís? Comparad entonces esta profecía con las más grandes del paganismo, y veréis que un error de dos años no es nada. Un mundo, un pueblo, un gobierno, pueden muy bien reirse de una diferencia de veintitantos meses... Nosotros no. Nosotros, humildes, queremos llevar la cuenta de nuestro porvenir día por día; queremos saber cuándo nos amarán, cuando nos engañarán, cuándo nos harán llorar... Por eso más vale acudir á una dama que acaba de poner de moda un género profético novísimo, el de los cabellos uágicos. Esta dama, Marie Ary, examina el

pelo de una persona y, sin dificultad, le manifiesta lo que ha de pasarle al día siguiente. «Esto—dicen los cronistas—son las líneas de cráneo.» En realidad, esto no es sino la renovación de un arte egipcio antiquísimo, gracias al cual los Faraones sabían á punto fijo lo que les iba á acontecer noche por noche. Sólo que, por desgracia, al resucitar, la ciencia *capilosibilina* no ha encontrado todas sus virtudes... Por fortuna, la rival de madame Marie Ary se llama madame Eset, y es astróloga extramoderna...

—A ésta—me dice un amigo—hay que ir á verla antes de hablar de ella...

—Puesto que es necesario verla, vamos á su casa.

—¡Eh!... ¿Y la audiencia?... Es preciso pedir audiencia...

—Pidámosla...

* * *

Un mes entero tardó madame Eset, en concedernos una audiencia.

—A los reyes mismos les hace esperar—me dijo mi amigo para consolarme.

Y luego:

—En nuestra época de crisis y de conflictos, una mujer como ésta tiene más ocupaciones y más preocupaciones que un embajador. Su gabinete es la cancillería del misterio. Los

ministros van hacia ella con la vaga esperanza de encontrar en sus horóscopos alguna luz sobre el porvenir. Ahora mismo, no sería extraño que en la antesala nos encontráramos con algún magnate.

Para ser franco, debo decir que la antesala estaba desierta.

—Lástima—murmuró mi compañero—, pues las caras que aquí suelen verse son dignas de estudio.

El sitio también lo era, con sus ventanas herméticamente cerradas en pleno día, con sus grandes candelabros encendidos, con sus cortinajes constelados de signos cabalísticos, con sus muebles que parecen robados en un coro gótico y con sus paredes cubiertas de extraños dibujos. Las paredes, sobre todo, me interesaron. En un cuadro carcomido, vi primero los doce signos del Zodíaco divinizados por un artista fantaseador que quiso poner una mitra á los peces y una aureola al escorpión. En seguida examiné, un cartoncillo redondo, en cuyo centro leí: «E. Combes—1835—6 Sept.—2 de la mañana.—Roquecombe—lat. 43°—long. 50°». Seguramente aquel era el horóscopo del ilustre político francés. Pero como yo no entendía nada en los signos que llenaban los radios de la circunferencia celeste, preferí examinar otro cartón que tenía un letrero rojo en caracteres herméticos y doce

figuras de animales devorando un astro. «En este cuadro simbólico—pensé—debe de encontrarse la clave de algún arcano.» Y me disponía á estudiarlo pacientemente, cuando se abrió una puerta y una mano blanca y fina nos hizo seña de acercarnos, de penetrar en el ara.

¿Os lo diré?... Al encontrarme en aquella estancia estrecha, saturada de perfumes singulares, llena de esferas azules, de compases áureos y de pergaminos arrugados, no pude defenderme contra un ligero estremecimiento. En vano mis labios trataban de sonreír. En vano mi razón me aseguraba que todo aquello no era sino *mise en scene* de un teatro de ilusiones. La sombra y el misterio habían invadido mi alma.

—Tomad asiento—nos dijo la sibila.

Entonces mi amigo la explicó que nuestra curiosidad podía considerarse como impersonal, y que lo único que queríamos era conocer los principios de su ciencia aplicables á todo el mundo.

Muy sencilla, madame Eset, nos contestó:

—La astrología, ya lo sabéis, es tan antigua como el mundo. Todos los pueblos la han cultivado. En todas las lenguas se han escrito tratados para explicar su significación trascendental, y hoy mismo, á pesar de que nuestro siglo parece poco aficionado á los estudios

milenarios, aún hay muchos sabios que se consagran á su vulgarización. Con sólo poseer un libro cualquiera de Pierre Piobb, ó de Robert Flud, ó de Paul Flambart, se puede tener una idea bastante completa de lo que es la lectura astral en su principio absoluto. Ahora, en cuanto á aplicar este principio á la adivinación, ya es otra cosa. El mismo Pico de la Mirandola que dió la mitad de su fortuna por un manuscrito caldeo en el cual estaba encerrada toda la Kabala, y que sabía de memoria los setecientos tratados del ocultismo, hubiera sido incapaz de hacer un horóscopo si no hubiera tenido el don divino. La ciencia, en efecto, no es nada. Un ignorante predeterminado, puede más que un sabio sin inspiración sobrenatural. Por mi parte, lejos de seguir el método antiguo he tratado de reformar la astrología dándola un giro nuevo. Por eso me llaman extramoderna. Pero, en realidad, cualquiera podría hacer lo que yo hago. Todo es cuestión de paciencia.

—Y de genio—exclamó mi amigo.

Una sonrisa muy triste iluminó el rostro serio de la sibila.

—Genio—murmuró—, genio... hoy no hay en el orbe un solo ser que pueda llamarse genial... Nuestro tiempo es pobre de grandes cerebros... Parece que la Naturaleza estuviera fatigada y no quisiera ya producir criaturas

superiores... Así, en todos mis horóscopos no he encontrado ni una sola vez la promesa de un genio... De locos, de bandidos, eso sí... De genios, no... Pero esto no es lo que os interesa.

—Todo nos interesa—le dije.

En efecto, en aquella mujer, que no era ni joven ni bella, y que, sin embargo, tenía algo de seductor en su gravedad sencilla, lo más insignificante comenzaba á parecernos digno de atención. Sus manos pálidas, destacándose sobre el fondo negro de la falda, traíannos á la memoria ciertos retratos del Greco. Su frente serena, amplia, nos hacía pensar en un alma sin más pasión que el estudio. Mas lo que sobre todo nos atraía y nos inquietaba, eran sus dos grandes ojos ojerosos, en los que parecía arder una llama diminuta.

—Esta no se parece á las agoreras de á cinco francos—me dijo mi amigo con una mirada.

Y yo le contesté con otra:

—Es una mujer deliciosa.

Ella, entretanto, había reanudado el hilo de su discurso y nos explicaba los misterios de la astrología, renovados y modernizados según su sistema.

—La base real de mis estudios—decíanos—es la conjetura estadística de los fenómenos astrales en sus relaciones con los aconteci-

mientos sociales. Analizando la posición de un astro en el Zodíaco y su situación entre los demás astros, puedo descubrir los acontecimientos sociales á los cuales se refiere. En este método hay algo de experimental. La repetición matemática establece principios hasta cierto punto invariables. Así, volviendo la vista hacia un pasado relativamente cercano, vemos que á cada gran hecho histórico corresponde un estado astral y que tal estado se repite cada vez que el hecho se repite igualmente. Uno de mis amigos ha logrado, siguiendo este sistema, establecer que durante los cien años anteriores á la fundación de nuestra república, todos los acontecimientos han obedecido á la mayor ó menor influencia de Urano y de Neptuno. De 1789 á 1795 encontramos á Neptuno favorecido, y á Urano maleficiado, lo que indica la Revolución francesa. Este mismo fenómeno astral lo hallamos de 1842 á 1852, que corresponde á la otra Revolución. En cambio, sólo en un período de ocho años, de 1869 á 1877, encontramos á los dos astros maleficiados, y esto corresponde á la guerra franco prusiana. Urano favorecido y Neptuno maleficiado, nos indican, de 1804 á 1810, el primer imperio, y de 1830 á 1838 la monarquía de Julio. De 1883 á 1892 hallamos un fenómeno tan raro cual útil, á saber: Neptuno y Urano igualmente favorecidos. Mas

desde hace diez años Urano se halla maleficiado, lo que nos hace creer que nos encontramos en una era astral idéntica á la de la Revolución francesa y á la de la Revolución del 48... Todo esto, ya lo veis, es vago, es pálido... Yo no soy, por desgracia, de las que ven á fecha fija lo que ha de pasarle á cada rey... Además, yo prefiero los horóscopos sociales á los horóscopos personales... ¡Es tan poca cosa una criatura humana, con corona ó sin corona, en el Universo!... Renán, que siempre me favoreció con sus consejos, solía decir que la muerte de uno de nuestros imperios no es nada desde el punto de vista de una estrella. Figuraos, pues, lo que será la pérdida de una vida cuando se considera en medio de la formidable marcha de los astros...

Todo esto, tal cual yo lo repito, debe ser muy pedante. ¡Tanta fecha y tanto maleficio! ¡Tanto astro y tanto Zodíaco!... Sin embargo, cuando madame Eset nos lo decía, lejos de parecernos fastidioso, nos interesaba como el más maravilloso de los cuentos. Por mi parte yo la habría dejado continuar sus consideraciones filosóficas indefinidamente. Pero mi amigo, más positivo, quería nociones científicas precisas.

—¿Por qué—preguntó—sólo Neptuno y Urano indican lo relativo á la pobre vida terrestre?

—No es que sólo estos astros la indiquen—contestó la sibila—. Es que yo, por lo general, me consagro de un modo exclusivo al estudio de Neptuno y Urano, por ser los únicos planetas cuya influencia no fué analizada por los antiguos. Cuanto á los medios para conocer cuando hay maleficio, nada más sencillo. Con sólo conocer las virtudes especialísimas de los signos zodiacales, basta y sobra. A mi ver, por ejemplo, los signos aéreos como los Gemelos y las Balanzas, unidos á los signos ígneos, como el Capricornio, el León y el Sagitario, son, por lo común, lugares del Zodíaco poco favorables á Urano y á Neptuno. Ahora bien, cuando uno de estos planetas se halla en uno de aquellos lugares, puede decirse que está maleficiado. Esto es, de un modo superficial, ó mejor dicho, elemental, el secreto de las previsiones establecidas en el estudio de los cien años de historia á que me he referido. Sólo que, naturalmente, los detalles son más importantes que los principios mismos, y los suaves matices indican mejor lo que se busca que los colores fuertes... El Zodíaco, en efecto, está lleno de sorpresas y hasta de contradicciones. Cuando uno lo estudia á fondo, ve que hay necesidad de considerar en él, no sólo el círculo en el cual cada signo es fijo é inmutable, sino también el supercírculo ó círculo ideal que, sobrepuesto al primero, hace

cambiar á menudo el sitio de los signos. En este supercírculo está el gran escolló... Allí es donde encontramos la fuente de los errores.

—¿Errores...?—murmuró mi amigo.

—Errores—repitió madame Eset.

Y como temerosa de un elogio, agregó:

—Yo, por lo menos, cometo á cada momento errores terribles... Hace seis años, nada menos, estudiando el Zodíaco, encontré que el día 27 de Junio de 1907 debía ser fatal para la humanidad. Todo lo indicaba: la cuadratura de Saturno, la triple conjunción de Júpiter, del Sol y de Neptuno, otros mil detalles... Como el caso era preciso y grave, no me contenté con mis experimentos, sino que recurrí á la ciencia de algunos maestros. Todos encontraron, lo mismo que yo, el presagio funesto. Pues bien: el día pasó sin novedad. Algunos amigos se rieron entonces de la ciencia; pero yo les dije que podían reirse de los astrólogos, no de la Astrología... Ahora á vosotros os ruego que hagáis lo mismo... Burlaos de mí, no de mis estudios...

—No nos burlaremos de nada —le dije despidiéndome.

* *

¡Hay tantas otras ocasiones propicias para la burla!... Así, usando del derecho que me concede mi título de doctor en ciencias frivo-

las, voy á permitirme, señoras y caballeros, haceros conocer lo que, según mi amigo Pierre Piobb, director del *Año ocultista*, constituye en el *grand monde* el supremo *chic* adivinatorio ó mejor dicho, psicológico.

—«Lo *chic*—me dice Piobb—es conocer el carácter y el porvenir por los signos de la indumentaria y de los modales. El modo de andar, el modo de llevar el bastón y el modo de abotonarse el chaleco, son los grandes campos de estudio de los nuevos adivinos. Sin embargo, yo prefiero otro campo, que no figura en el tratado que acabo de leer sino como *secundario*, y que puede llamarse, si no me equivoco, la *suelalogía* ó la *suelología*... Porque lo que hay necesidad de observar, es la suela del calzado de la persona que nos interesa. En la suela se ve el alma.»

He aquí los principios generales de la *suelalogía*: La suela muy usada denota un temperamento linfático y soñador; los tacones muy gastados, denotan un temperamento sanguíneo, activo y desconfiado; la suela gastada por el medio, es signo de bilis, de mal carácter, de egoísmo; la suela gastada en la punta, es señal de desequilibrio nervioso y de inocencia [de alma; la suela gastada por uno de los dos lados, indica cautela, ambición, sibaritismo, sensualismo...

Me diréis que hay zapatos que no están usa-

dos por aquí ni por allá, sino por todas partes, y que allí lo que se ve no es sino pobreza... Me diréis también, que con unos tacones de goma, de esos que dan un andar felino, se puede ocultar una parte del carácter... Me diréis, en fin, que un simple callo puede hacer cambiar el paso y, por consiguiente, la manera de gastar las suelas.

Es cierto.

Pero todo eso los suelólogos lo han previsto de antemano y, por lo mismo, antes de proceder al examen de un par de botas, exigen un examen pedestre. «En las mujeres bonitas, sobre todo—dice el tratado—es útil palpar el pie descalzo antes de examinar las suelas.»

Yo diría antes y después, si no temiera parecer frívolamente sensual á los nuevos y austeros adivinos. Pero fuera de las razones de buen gusto, me pregunto: ¿Por qué más á las bonitas que á las feas?... ¿Por qué más á las mujeres que á los hombres?...

Mi amigo Piobb no me contesta.

En cambio, me dice: «Conócete á ti mismo por tus suelas.» Y esta frase tan grave me llena de emoción.

Para no terminar de un modo tan frívolo, quiero presentaros á un oráculo imperial. Hace poco, el ilustre Grandmontagne, decía:

«América, que en otro tiempo nos enviaba oro en cambio de nuestros poetas, nos envía hoy poetas en cambio de nuestro oro.»

¡Eh! ¡Eh! ¡No sólo poetas, señor sociólogo! América, la gran América, que principia en el Estrecho de Behring y acaba en la Patagonia; la América integral, trilingüe y multicolora; la América de todas las riquezas y de todas las sorpresas, comienza á exportar también magos. Cuando digo «magos», no quiero hablar de multimillonarios capaces de transformar en piedras preciosas los viejos sillares de las casas solariegas pertenecientes á duquesitas casaderas. El timo del casamiento, como el timo del tesoro, han pasado de moda. Tampoco hablo de magos de la rima y del ritmo, de magos de la palabra y de la frase, de magos que, destilando libros franceses, logran hacer un elixir de larga fama. Eso ha envejecido... De lo que hablo es de magos verdaderos, de magos como los de antaño, de magos magos, en fin..

El primero que llega de tras el Atlante, es un californiano, de origen mejicano, llamado Alfredo Cola. Y no creáis que llega gracias á un empresario cualquiera, deseoso de ofrecer horóscopos á las lindas damas del Folies Bergeres ó del Moulin Rouge. El introductor del mago es nada menos que S. M. el Kaiser Guillermo II de Alemania.

¿No tiene acaso el King Eduardo un decidor

de buenaventura, llamado Moore? Pues el gran sobrino no podía dejar de sobrepajar á su gran tío. En la lucha por el prestigio del trono, cualquier ventaja constituye un triunfo.


Antes de servir al emperador alemán, Cola (que es doctor de la Universidad de Pensilvania, lo mismo que Laberdesque) se había distinguido en los Estados Unidos revelando los misterios simbólicos del destino de los grandes magnates republicanos.

Según sus horóscopos, Mr. Taft, el sucesor de Roosevelt, es un hijo de la Virgen Santísima, nacido en Septiembre de 1857.

En Berlín, el mago aún no ha podido decir nada concreto sobre los destinos de su majestad. Antes de ver el fondo de los arcanos imperiales, Cola necesita esperar á los *nuevos astros*. Pero para no perder el tiempo, y para que su imperial protector no pierda la paciencia, ya ha comenzado á explicar los grandes problemas del mundo en general. Según sus horóscopos, el siglo XX es el siglo del Escorpión... Hijos del Escorpión son Fallières, Víctor Manuel III, Eduardo VII, el Mikado y otros monarcas de menos importancia. Hijo del Escorpión es también S. M. el Kaiser.

—Pero—me diréis—¿y qué significa eso de ser hijos del Escorpión?...

Esto aún no nos lo ha dicho el ilustre mago recién llegado de América



LA BOHEMIA EN EL TEATRO

EN la misma estancia en que hace cinco años me habló gravemente el maestro, de su drama *Santa Teresa*, háblame hoy, con regocijo, de su comedia *Glatigny*. Sobre la chimenea los dos dioses tutelares siguen protegiendo al poeta. Aquél es Wagner; éste es Hugo. Y entre uno y otro, alta, esbelta, de una belleza de fiebre y de misterio, la musa, la esposa del dramaturgo, sonríe en su marco blanco.

—Aquí... siéntese usted, aquí..., ó mejor... aquí..., esto es más cómodo.

Entretanto, él va hasta el piano y busca una pipa, la enciende; luego la abandona y toma otra más pequeña; y envuelto en nubes de humo, se pasea de un extremo á otro de la habitación, gesticulando, hablando, riendo. No hay un evocador de sombras queridas tan

poderoso como éste. Toda la época, ya lejana, de su bohemia, la hace revivir con unas cuantas anécdotas en suntuoso cortejo. Es Villiers de l'Isle Adam, pálido, miserable, que pasa entre harapos, soñando ensueños principescos; es François Coppée, casi niño, con una cabellera de paje florentino; es Heredia, el cincelador de sonetos, el recién llegado de tierras lejanas, el que más rico parece, por ser el menos pobre, Heredia que apenas se asoma de tiempo en tiempo,

Les nouveaux, ceux qui font des sonnets. Ca les mène
A ne diner, très tard, que trois fois la semaine.
Des enfants presque. On dit: C'est les Parnassiens.
¡Drôle de nom! Ils son très mal vus des anciens,
Pour leur barbe blondine et leurs fronts sans gri-

Villiers. Tous ses cheveux dans l'œil. Une brous-
[saille].
[saille].
Du feu dessous. ¿Est-il roi des Grecs? C'est le hic.
Heredia ne vient jamais. Il est trop chic.

Comme on ferait tourner des tables, main crispée,
Tendus, ils fonte rond vers Catulle ou Coppée,
¡Catulle, en porcelaine, a des airs belliqueux!
L'autre est plus doux...

Este otro «más dulce», es León Valade, cantor de las violetas parisienses, cuyo perfume embalsama el seno virgen de las modistillas; en seguida, es León Dierx, que nació como Heredia bajo soles exóticos y que trae de su remota isla de oro todo un caudal de visiones ardientes y serenas; ¿y en seguida? ¡Ah! es Verlaine joven, es el Verlaine de las «Fiestas

Galantes», es el Verlaine sin vicios, sin dolores, sin amarguras, un Verlaine bien vestido, algo *snoob*, muy entusiasta de las nuevas modas inglesas y ya marcado con el signo misterioso en la frente prematuramente calva; es Sully Prudhomme, serio, estudioso, algo doctoral, enamorado de los filósofos; es Baudelaire en las puertas de la muerte, medio paralítico, de rostro espectral y de mirada errante; Baudelaire, rey de un reino diabólico, rodeado de leyendas macabras, coronado de rosas deletéreas; es Banville el de la cara de Pierrot, el del alma de Pierrot, paternal y alegre, lírico y funambulesco, mezcla de Píndaro y de Arlequín; es, en fin, Albert Glatigny, el héroe de la comedia nueva.

—¡Glatigny — exclama Mendès haciendo sonar las tres sílabas ligeras. —¡Glatigny!... Toda la vida de este pobre y gran poeta parece hecha para tentar á los dramaturgos. Yo, por lo menos, la veía escena por escena desde hace mucho años y cuando deseaba, en los aniversarios de su muerte hablar del autor de las *Vignes Folles*, lo primero que se me ocurría era hacerlo en forma teatral. Sublime y risible, aquel amigo mío entró en la leyenda antes de morir. Era hijo de un gendarme. Desde aquí le veo el día de su llegada á París. Cuerpo más largo y más flaco, no se puede imaginar. Parecía el hijo de Don Quijote can-

sado de haber hecho á pie el camino de Francia. Traía una maleta de cuero de vaca con pelos, en la cual un abate habría podido encerrar su ropa toda. Pero los poetas no tienen más ropa que la puesta. Dentro de la maleta, sólo había un libro de poesías de Teodoro de Banville. Cuando le preguntamos en dónde tenía sus propias obras, nos contestó: «En la memoria». Y en seguida se puso á recitarnos, gesticulador y sonoro cual un galán de teatro italiano, las divinas estrofas de sus *Viñas Locas*. Todos comprendimos que aquel recién llegado estrafalario era un admirable artista. Cuando digo todos, quiero referirme á los diez ó doce amigos del primer parnaso. En cuanto al público...

Catulle Mendès se detiene en medio de una nube de humo y volviéndose hacia el retrato de Wagner, exclama:

—El público de Glatigny fué el mismo que silbó *Tannhäuser*...

Luego, comenzando á pasearse de nuevo por la habitación, continúa el retrato de su amigo de ayer, de su personaje de mañana:

—¡Qué tipo!—exclama.— ¡Qué tipo! Tenía unos pies larguísimos y unas manos enormes. Sus ojos eran oblicuos cual los de un chino. Su boca de labios sensuales, casi infantiles, no dejaba de reír sino para cantar; y cuando ni cantaba ni reía, crispábase en una mueca

dolorosa. Anatole France le llamó un día Pannurgo Lunático. En realidad era un habitante de la luna, un hombre de otro planeta. La vida de su tiempo, gris y burguesa, parecíale odiosa. Para huir de ella más que para ganar el pan de cada día, hízose actor y recorrió los pueblos poniéndose los trajes y las almas de las personajes legendarios. En mi comedia, lo hago aparecer en el momento en que, enamorado de una actricilla que pasa por su pueblo, huye de la casa paternal y se alista en la compañía de la legua en que trabaja su adorado tormento. Su primer amor fué su primera pena. La muchacha, coqueta y cruel, era incapaz de enamorarse de un poeta. Los innobles bufones le parecían más dignos de amor y así mientras Glatigny suspiraba por ella, ella reía entre los brazos de un cómico. Una noche, en medio de una escena, el poeta vió entre bastidores á su amada y á su rival en galante coloquio. Su primer impulso fué abandonar las tablas y matarlos. Pero el deber lo detuvo. Cuando terminó su monólogo, ya la infiel había huído llevándose la cartera del pobre engañado. Este es un simple episodio, un episodio significativo. Su alma era de amor, de fantasía, de lirismo y de bondad. En cierta ocasión los médicos le dijeron que si no se decidía á pasar un par de meses tranquilo en una estación termal, caería enfermo. Los ami-

gos le reunimos lo que pudimos; unos trescientos y tantos francos. El infeliz, lleno de ternura, se echó á llorar, se juró ser económico, ser juicioso, ser serio... Y para comenzar, marchóse á pie asegurándonos que con lo que dejaba de gastar en ferrocarril ó diligencia, viviría una semana más. Sólo que en el camino se detuvo en todas las hosterías, dió de comer á todos los hambrientos y llegó al fin de su camino con seis francos en la faltriquera. En el acto organizó una serie de veladas en las cuales él solo recitaba monólogos durante horas enteras. Yo le escribí haciéndole notar que para seguir trabajando, lo mismo hubiera sido que se quedase en París. Mas él me contestó: «No es un trabajo, sino un pasatiempo». Así era él... así, hasta la muerte... cándido y sencilló como un niño, un niño triste, que sabía llorar, que sabía comprender sus sufrimientos...

Catulle Mendès ha dejado sobre el piano su pipa que ya no humea. Quieto, grave, parece contemplar á su amigo el vagabundo lírico. Hay en sus pupilas azules, tan claras hace un minuto, como una sombra lamentable. De pronto se dirige hacia un sofá cubierto de libros, de cuadernos, hojea uno y con su voz musical me dice ó, mejor dicho, se dice á sí mismo, lentamente, llorosamente, las estrofas de su comedia en que Glatigny pinta sus propias penas.

Depuis trois jours je n'ai ni mangé ni dormil
C'est, fou, c'est bête; eh bien, mon désespoir s'attise.
De plus d'extravagance et de plus de sottise.
J'ai honte. L'âpre mal qui m'a dompté, maté,
Est fait bien moins d'amour que d'imbécilité.
J'ai ri d'abord. ¡Eros change son arc d'épaule!
On s'est joint; c'est charmant. On se quitte, c'est drôle.
Cette femme, une nuit les cheveux sur le sein,
Guenuche de Canuche ou femelle à Tassin,
S'offrait à qui voulait avant que je la prisse,
Et cinq ans de baisers furent son long caprice
Sans devoir ni reproche à l'infidélité.
Qu'était-elle pour moi? pas même la beauté,
Car j'avais seul, splendide, avec les rhétoriques
Des mots rimeurs et des métaphores lyriques
Empourpré de soleil et rosé de matin
Sa tignase de gouge et sa peau de catin.
Et je riais. Mais quand je la compris partie
Pour de bon, hagar, fou, toute force abrutie,
Je me suis assis sur un banc, et j'ai pleuré.
L'égratignure est un cancer invétéré.
Je sens que désormais le temps ne me dévide
Que du gris dans du terne et du nul dans du vide
Et qu'en perdant, d'un jeu sans tristesse attendu,
Celle qui n'était rien, ma vie a tout perdu
Pourquoi? Pour une odeur d'instinct qu'on ne re-

[trouve

Qu'à la même colombe ou qu'à la même louve?
Parce qu'ensemble on a, cabots du grand chemin,
Fait la nique aux hiers et risette à demain,
Ou, les soirs de Paris, vu des châtaignes frire,
A jeun, avec des dents de fringale et de rire,
Prés du logis hargneux que ferme un geste prompt!
Non, tout acord des sens, et des hasards, se rompt.
Mais si l'on fit, Adam fou de la première Ève,
D'une femme et de son propre rêve un seul rêve,
Si dans elle se prit à l'idéal charnel,
Tout ce que l'on avait de jeune et d'éternel,
Fût-elle désormais stupide, laide, infâme,
On ne s'en peut pas plus passer que de son âme!

El maestro calla un momento. Luego, febril, vuelve otras hojas, y por aquí por allá, al azar

de las estrofas que llaman su atención, lee, ya veinte versos seguidos, ya un solo cuarteto, ya un hemistiquio aislado. Es toda su obra. Yo veo pasar así á los personajes. Veo al héroe yendo de pueblo en pueblo con los labios en que florecen los besos inútiles y las canciones que nadie oye; lo veo perderse en el torbellino de la bohemia parisiense, entre locos, mártires, derrotados y envidiosos; lo veo enfermar y al fin lo encuentro en su pueblecillo, adonde vuelve muriéndose de tisis, pálido, demacrado, y cuerdo. Cuando digo cuerdo, no quiero decir serio, no. El amigo de Verlaine no fué nunca austero. Su cordura final consistió en reirse de la muerte. En la comedia de Mendès, el poeta muere en pleno campo, una noche de primavera, después de haber cantado en versos delirantes la belleza de las flores. En la realidad perece en un chalet de los alrededores de París, donde acababa de hacerse un nido para el último idilio. Anatole France, que le visitaba con frecuencia en sus postreros días, escribe: «Para que su mujer no notara lo grave de su estado, pasábase el día inventando bromas y farsas. A veces hacía muñecos de cartón y á veces pintaba caricaturas grotescas.» Para mí, este modo de esperar la hora suprema es sublime. Pero Catulle Mendès no ha querido ceñirse á la verdad. El sabrá por qué, y sin duda tendrá

razón, puesto que los poetas tienen siempre razón.

El maestro ha cerrado el manuscrito. Sus manos blanquísimas de abad, escogen entre las pipas del piano la preferida. Y los paseos principian de nuevo entre el nimbo de humo y la sonoridad de las palabras que saltan bruscas como exclamaciones.


—¡La bohemia!.. Yo no creo en la bohemia... Es la pereza. . es la máscara prestigiosa de la impotencia.. ¡Ah, los bohemios de mi tiempo!... Allí los he metido en mi comedia... ¡Qué tipos!... Unos son la borrachera, el alcohol asesino, el opio, el haschich... Otros, la envidia... Otros, la holgazanería!... Glatigny no fué un bohemio, como no lo fué Villiers, como no lo fué Verlaine... Fué un desordenado, pero trabajó con ardor y ganó su vida humildemente ¡El pobre buen poeta! Lo mismo que todas las almas fuertes, tenía odio por los *ratés* agrios... En una escena en que presento la vida de la cervecería del Barrio Latino, con sus pintores melencólicos que desprecian á Rafael, con sus escultores hirsutos que se ríen de Migue Angel, con sus dramaturgos que llaman imbécil á Alejandro Dumas (hijo), hago ver lo que Glatigny pensaba de esos forajidos. Un *raté* maestro, ante quien los pequeños *ratés* se inclinan, habla de manera irrespetuosa de Teodoro de Banville. Mi héroe se levanta enton-

ces airado y escupe al rostro de los bohemios su desprecio por la envidia.. ¡Qué tiempos aquellos!... Y supongo que éstos son iguales... La vida no cambia... Nosotros sí: somos nosotros los que cambiamos... Y es seguro que mientras yo evocaba en el silencio de mi cuarto de trabajo la existencia de la cervecería de mi juventud como una cosa abolida, allá, del otro lado del puente San Miguel, en el fondo humoso de algún café estudiantil, las mismas escenas se desarrollaban con la intensa grandeza de la realidad palpitante, entre Glatignys de mañana, buenos, ardientes, nobles, y eternos *ratés* agriados de hoy y de siempre..

El maestro pronuncia estas últimas palabras con una voz de trueno, haciendo un amplio ademán teatral. En seguida, como si hubiera agotado el soplo de su pecho leal, calla y sonríe. Las visiones de antaño pasan sin duda por su memoria. Por la ventana entreabierta, un rayo de sol ha penetrado y jugueteando entre la barba del poeta, diríase que se entretiene en contar los pelos de oro y los pelos de plata. Los instantes transcurren en silencio. Y cuando, al levantarme, llamo la atención de mi ilustre amigo, parece que sale de un sueño.

—¡La bohemia!—exclama.

Después el tradicional apretón de sus dos manos tan blancas, tan suaves y tan fuertes.



LOS POETAS NUEVOS

(A PROPÓSITO DE UNA ANTOLOGÍA)

EL primer poeta nuevo de la antología del *Mercure de France* es una dama, bella y joven, cuyos cuentos tienen fama y cuyos ojos son célebres. Me refiero á madame Lucie Delarne Mardrus. La noticia biográfica que precede sus composiciones escogidas, nos hace saber que nació en Normandía, en una playa helada y verde. Para mí este dato no sólo es sorprendente sino hasta increíble. ¿Normanda la poetisa ardiente y nostálgica que ha cantado los magníficos mirajes del desierto y que tiene por la existencia nómada una adoración infinita?

Yo la creía hija de algún guerrero argelino ó de algún sabio de Túnez... Pero, puesto que es europea, y europea de la húmeda Normandía, hay que pensar [que, sin duda, per-

tenece á una familia de antiguos corsarios, ennegrecidos entre las aventuras trágicas de los bravos mares lejanos... Ella misma confiesa sus nostalgias de alma errante, cuando dice:

«... He querido tener el destino de las figuras de proa.—Que temprano abandonan el puerto y que regresan tarde—Estoy celosa de la partida y del retorno—Y de los corales húmedos que adornan sus gargantas—Yo afrontaré los tristes grises y los incendiarios azules—Del mar figurado y del mar real—Puesto que, del fondo del Peligro, se vuelve más bella—Trayendo un rostro ardiente y fabuloso.»

Fabulosa y ardiente es la musa de esta dama, en efecto. Es fabulosa con sus alucinaciones de pueblos extraños, con sus quiméricos anhelos, con sus extrañas evocaciones. Y es ardiente como si hubiera nacido en una isla de sol y de fiebres, allá, muy lejos, muy lejos, en aquellos parajes adonde sólo llega el barco ebrio del divino Rimbaud.

* * *

Emile Despas no tenía sino quince años cuando apareció la primera antología del *Mercurio*. ¡Dichoso él que á los veinticinco apenas cumplidos, puede ya verse entre los escogidos! Para explicar tal favor, los colec-

tores del ramillete famoso, dicen: «Esta es la verdadera imagen del poeta en plena juventud, sensible y soñador, tierno y melancólico» ¡Cierto, cierto!... Y también hubieran podido esos señores agregar: *ingenuo*, pues lo que más llama la atención—y lo que más seduce—en estas estrofas que parecen rosas cortadas prematuramente, es la ingenuidad voluptuosa de Albert Samain, con algo, además, de la ingenuidad voluntaria de Francis James.

«Sueño—dice—en una tarde de encanto grave. Los valles—Son azules bajo el color violeta de las colinas—Las palomas vienen hacia las glicinas.»

... Y esto es como un rinconcillo modesto del *Jardín de la infanta*.

Pero luego cambia el paisaje. Nos encontramos en un interior:

«¡Oh! caro huésped de una noche, ¡oh! Dicha, eres, tú, ve—He aquí la tinta, he aquí los libros, los cuadernos:—Ve aquí los versos que para ella escribí—Y tú que te entristeces oyendo un canto de paloma, —Lee estas estrofas que son, á veces,—Dulces y que están heridas;—Pero esta noche escribo lo que tú me dictas—Háblame, cara Dicha.»

... Y esta es una estancia de la casa que habita en la falda de los Pirineos el buen Francis James.

* * *

Max Elskamp no tiene más jardín que el suyo, ni más casa que la suya. ¡Ah, no es una linda vivienda llena de rosales, no, ni un magnífico palacio de mármol á la sombra de un ciprés helénico! Pero es suya, enteramente suya. El la ha construido. El ha puesto los ladrillos uno por uno. El ha abierto las ventanas sobre ese paisaje de marina flamenca, dulce y emocionante. El, en fin, vive ahí solo, oyendo las campanas de los carrillones que dicen todas las tardes su monótona Avemaría... ¡Cuánta dicha en esta modestia de poeta! Los metros mismos que escoge son, por lo general, humildes. ¡Nada de pomposos alejandrinos! Siete ú ocho sílabas bastan... En cuanto á las palabras, con tal que sean expresivas, lo mismo da que no sean nobles, ni siquiera bellas.

«María lee un evangelio —con sus dos manos sobre el pecho —María lee un evangelio —en la pradera florida.»

Eso es todo, pero no hay que sonreír, pues eso suena como las campanas del campanario vecino... Eso es suave y dulce y monótono, cual un carrillón en la penumbra. «Es lo que tengo» —dice el poeta.

Y cuando alguien le pide más, da más, pero no da otra cosa. Los versos humildes pueden ser numerosos; orgullosos no.

«María destrenza tus cabellos —ve aquí reír

á los ángeles azules —y en tus brazos á Jesús que se mueve —con sus pies y sus manos rojas —y luego á los ángeles rubios —tocando sus violines. —Ahora bien, puesto que es de mañana —y los campos están verdes —María, contempla la vida —¡cuán infinitamente dulce es —desde los árboles hasta los estanques! dulce como los niños, —con sus campanas que proclaman —la paz de los evangelios —desde lo alto de los campanarios.»

Ya lo oís... Las campanas, siempre las campanas que suenan con uniforme alegría, sin tratar de complicar sus notas... Las campanas primitivas, diciendo, al desgranar sus campanadas, la alegría simple de vivir, la pena de morir ó la beatitud de creer. —Las campanas en la niebla tibia, acompañando la existencia con sus carrillones venturosos...



Siguiendo el orden alfabético que el *Mercurio* adopta, el cuarto poeta nuevo que encontramos es Guerin (Charles). ¡Bello encuentro! Porque si existe verdaderamente entre los artistas de las últimas generaciones, uno que merezca la admiración emocionada del mundo entero, es el suave, el melancólico cantor de *Las flores de nieve* y del *Sembrador de cenizas*. Como un presagio amargo, hay en sus poemas algo que sugiere la idea de la muerte

absurda, y se diría que el pobre poeta, á pesar de su juventud y á pesar de su robustez, sintió desde la adolescencia que había de morir muy joven. ¡Y tan joven! Ahora mismo, en este brumoso Diciembre de 1908, cumpliría los treinta y cinco años, y sus amigos celebrarían el principio de su bella madurez. Pero, ¡ay!, lo que van á celebrar, dentro de pocos días, es el segundo aniversario de su muerte. Para ponerle una lápida en su tumba, algunos poetas han reunido sus esfuerzos pecuniarios. Un escultor pondrá en ese mármol alguna alegoría y Francis James algún epitafio. Bien está la alegoría que un Bartholomé debiera encargarse de ejecutar con cinceles emocionados. Mas el epitafio me parece demás, pues ya existe, compuesto por el mismo Guerin, y reza:

«¡Oh, cuán horrible el ruido de la vida!
—Mejor sería dormir—En la tierra donde las
piedras gimen—Cuando el sepulturero las
hiere con su azada—El sol no me inspira sino
odio—Estoy fatigado de ver—Su claridad cotidiana—
Reirse de mi desesperanza.—¡Ah, poder, al fin, tenderme—
En el solo lecho en que estaré solo! ¡Y en la sombra atenta oír—
A los gusanos que descosan mi sudario!—Y cuando en mí el ser que piense—
Esté disuelto, entonces—En el corazón del eterno silencio—
Ser un muerto, nada más, entre los muertos.»

Cuando se piensa que estos versos los sentía un muchacho de veinticinco años, á quien las hadas parecían haber colmado de dones y de presentes, no puede uno dejar de preguntarse si en el fondo de cada ser existe realmente un anunciador secreto de las tempestades... Porque Guerin, cuando escribía sus poesías, era rico, libre, bello, halagado. La fama del Barrio Latino y de las revistas jóvenes no bastaba á su ambición. Sus poemas publicábanse, cual los de los señores académicos, en *La Revista de Ambos Mundos*. Los compositores de moda ponían armoniosos comentarios á composiciones suyas que se recitaban en los salones. Y si su notoriedad era envidiable, su existencia lo era más. Errante por los bellos países de arte y leyendas, pasaba seis ú ocho meses cada año en las ciudades que le parecían dignas de ser vistas, y luego volvía á París en donde su casa era como un nido suntuoso. Pero ¡ay!, mientras sus compañeros decían contemplándolo: «¡cuán envidiable vida!»—él, triste sin saber por qué, no pensaba sino en la muerte...

* * *

Gerard d'Houville es, más que como poeta, conocida como novelista, y más que como novelista, como hija de Heredia y como esposa de Henry de Regnier. Porque este nombre no